

# José M<sup>a</sup> Castillo

## La religión de Jesús

Comentario al Evangelio diario · Ciclo C (2015-2016)



Desclée De Brouwer

José M<sup>a</sup> Castillo

**La religión de Jesús**  
**Comentarios al Evangelio diario**  
**Ciclo C (2015-2016)**

Desclée De Brouwer

# INTRODUCCIÓN

Presentación .....	11
Adviento .....	13
Navidad .....	48
Comienzo del tiempo ordinario.....	73
Cuaresma .....	112
Semana Santa .....	178
Pascua .....	195

## PRESENTACIÓN

La dificultad más fuerte, que han tenido –y tienen– muchos cristianos, para comprender a Jesús de Nazaret, no está en aceptar su divinidad, sino en la aceptación de su humanidad. Esta dificultad se palpa ya en algunos escritos del Nuevo Testamento. Por ejemplo en las cartas de Juan y, sobre todo, en las del apóstol Pablo. La razón de esta resistencia, para aceptar en Jesús lo mismo lo humano que lo divino está en una corriente de pensamiento, que fue potente en los primeros siglos del cristianismo, y que, en algunas de sus manifestaciones, ha llegado hasta nosotros. Se trata del gnosticismo. Una filosofía, que tuvo apogeo ya en los siglos I y II. Los gnósticos defendían una oposición tan fuerte entre Dios y el mundo, que llegaban a despreciar lo material y lo humano como la gran dificultad que tenemos los mortales para encontrar a Dios y poder salvarnos. Poca gente se imagina que el hecho de que al apóstol Pablo le interesara tan poco el Jesús carnal, el Jesús de la historia, le hiciera centrar su atención en el Cristo resucitado. Lo que se debe sobre todo a la fuerte carga de pensamiento gnóstico que Pablo aprendió y aceptó. (A. Piñero - J. Montserrat). Como también son muchos los cristianos que no sospechan que una de las herejías más importantes de la Iglesia antigua fue el monofisismo, la doctrina que defendió Eutiques, un monje del s. V, que, en definitiva, venía a decir que la humanidad de Cristo quedó absorbida por la divinidad. O sea, según los monofisitas, Cristo sería humano solo en apariencia.

El monofisismo sigue vivo en algunas iglesias ortodoxas de Oriente. Pero está más presente de lo que imaginamos entre nosotros. Hasta el punto de que es una de las dificultades más fuertes que tenemos para entender los evangelios. Y, por eso, para comprender a Jesús y su mensaje. ¿Por qué hay tantos cristianos que casi siempre hablan de Cristo o de Jesucristo, pero se resisten a hablar de Jesús? Quienes se portan así, quizá sin darse cuenta, están condicionados por el monofisismo. No acaban de aceptar que Jesús fue un ser humano, plenamente humano, tan humano como los demás. Y no saben que, al pensar así y portarse en consecuencia, están rozando una herejía. O lo que es peor, se están privando de conocer el contenido

del Evangelio y, por eso mismo, de conocer a Dios. El Dios, el Padre, que se nos dio a conocer en Jesús. El monofisismo fue condenado en el concilio de Calcedonia (año 451).

Esto explica por qué, en este libro, se insiste en la importancia de lo humano, y de la humanidad, para comprender y vivir el cristianismo.

**Lc 21, 25-28.34-36**

*En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Habrá signos en el sol y la luna y las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, enloquecidas por el estruendo del mar y del oleaje. Los hombres quedarán sin aliento por el miedo y la ansiedad, ante lo que se le viene encima al mundo, pues los astros temblarán. Entonces verán al Hijo del Hombre venir en una nube, con gran poder y majestad. Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza, se acerca vuestra liberación.*

*Tened cuidado: no se os embote la mente con el vicio, la bebida y los agobios de la vida, y se os eche encima de repente aquel día; porque caerá como un lazo sobre todos los habitantes de la tierra. Estad siempre despiertos, pidiendo fuerza para escapar de todo lo que está por venir, y manteneos en pie ante el Hijo del Hombre".*

**1.** Empezamos el año litúrgico con un texto importante y fuerte. Señal clara de su importancia y de su fuerza es que los tres evangelios sinópticos nos recuerdan estas palabras de Jesús (Mc 13, 24-27; Mt 24, 29-31; Lc 21, 25-28). Parece lo más seguro que los evangelios utilizan un texto del profeta Daniel (7, 13), que indican un acontecimiento de cambio radical en el mundo. En el lenguaje del Antiguo Testamento, los astros aparecen como objeto de un culto falsamente religioso y equivocado (Deut 4, 19 s; Is 34, 4; Jer 4, 23-24; Ez 32, 7 s; Joel 3, 4...) (J. Mateos). Jesús viene para rectificar nuestra religiosidad. Lo que explica el asombroso trastorno y la conmoción que provoca.

**2.** ¿En qué consiste ese cambio y esa rectificación que, según Jesús, "deja sin aliento" a la gente? Jesús, en este texto, nos previene del peligro de "cargar", "abrumar", incluso "embotar" ("bareô") (H. Balz) el "corazón" y la mente con el vicio y la "buena vida". Cosa que, efectivamente, sucede en las personas que no piensan más que en disfrutar de todo cuanto pueden tener a su alcance. Esto quiere decir que Jesús trajo a este mundo, y presentó a los humanos, una forma de vida o (quizá mejor) un proyecto de vida, que nos lleva a Dios y nos hace felices, si cumplimos dos condiciones: 1ª) Acabar con el culto a los ídolos o falsos dioses que se nos imponen en la vida. 2ª) No tolerar que nada ni nadie nos embote la mente y el corazón, lo que nos impediría ver lo que se nos echa encima.

**3.** ¿Qué significa todo esto para nuestra vida en este momento? Estamos viviendo un cambio de época y de cultura que no acabamos de entender. ¿Qué nos está pasando? Justamente lo que dice aquí el Evangelio. En el modelo de sociedad que

se nos ha impuesto, lo que nos domina a todos no es un “poder opresor”, sino que es un “poder seductor” (Byung-Chul Han). La oferta constante y general de disfrute y bienestar inmediato tiene tal fuerza, que todos nos sometemos a esa oferta de la “seducción”, embotando así nuestro corazón y nuestra mente hasta el extremo de que ya somos auténticos esclavos de la sociedad del bienestar. Y lo somos con la conciencia engañada de que somos libres. Así las cosas, el Hijo del Hombre, Jesús, viene a una persona, a una vida, a una casa, en la medida en que nos liberamos de la oferta del bienestar opresor. Y nos abrimos al proyecto de humanidad que nos presenta el Evangelio.

**Mt 8, 5-11**

*En aquel tiempo, al entrar Jesús en Cafarnaúm, un centurión se le acercó diciéndole: "Señor, tengo en casa un criado que está en cama paralítico y sufre mucho". Jesús le contestó: "Voy yo a curarlo". Pero el centurión le replicó: "Señor, ¿quién soy yo para que entres bajo mi techo? Basta que lo digas de palabra y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes: y le digo a uno 've' y va; al otro, 'ven', y viene; a mi criado, 'haz esto', y lo hace". Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguían: "Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe. Os digo que vendrán muchos de Oriente y Occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos".*

**1.** Este episodio (con algunas diferencias) se encuentra en tres relatos (Mt 8, 5-13; Lc 7, 1-10; Jn 4, 46-53). Es frecuente que los estudiosos de los evangelios, cuando se ponen a analizar los parecidos y diferencias de estos tres relatos, dedican tiempo y esfuerzo para precisar el origen del episodio o la relación que puede haber entre los sinópticos y Juan. Esto tiene su interés, no cabe duda. Pero es lamentable que a esas cuestiones se dedique más tiempo que para explicar lo que aquí se nos viene a decir para que veamos lo que el Evangelio nos dice sobre nuestra manera de vivir y lo que tendríamos que aportar para hacer más humana nuestra convivencia y nuestra sociedad.

**2.** ¿Qué nos enseña este episodio? Aquí se ve con claridad qué cosas eran importantes para Jesús y qué cosas no tenían importancia para él. En concreto: 1º) A Jesús no le importaba la nacionalidad de una persona, ya que aquí pone como ejemplo a un extranjero. 2º) Tampoco le importaba la religión que cada cual practicaba, dado que en este caso Jesús elogia a un pagano, que, como militar, tenía que haber jurado fidelidad al emperador de Roma, considerado *divi filius*, "hijo de dios", un "hombre divinizado" (Hervé Inglehert). 3º) Jesús valora sobre todo la sensibilidad de un hombre notable ante el sufrimiento de un "siervo" ("*pais*"). 4º) Y no soporta el dolor en un "esclavo" ("*doulos*") (Lc 7, 2). Así, este relato pone al descubierto la profunda humanidad de Jesús.

**3.** Pero lo más sorprendente es que, para Jesús, una persona que vive así, he ahí la persona que tiene la fe más grande que Jesús encontró en la tierra. Por eso, ¿qué es, para Jesús, un "creyente"? No es el observante de ritos sagrados. Ni es el que tiene como cierto el dogma religioso. La fe, tal como la entiende el Evangelio, es la

sensibilidad que no soporta el dolor y la postración de los enfermos. Y se humilla (“¿quién soy yo para que vengas a mi casa?”) para remediar ese dolor. ¿Qué educación religiosa hemos recibido, que hacemos compatible la misa y la confesión con el negocio turbio o la falsa declaración de la renta? ¿Cómo podemos ser, a la vez, creyentes y maltratadores de los débiles, sirvientes y trabajadores?

**Lc 10, 21-24**

*En aquel tiempo, lleno de la alegría del Espíritu Santo, exclamó Jesús: "Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar". Volviéndose a los discípulos, les dijo: "¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que oís, pero no lo oyeron".*

**1.** Algunos estudiosos, por ejemplo los norteamericanos del Seminario de Jesús, han dicho que estas palabras no proceden del mismo Jesús, pero la gran mayoría de los entendidos afirma que este texto, que tiene su paralelo en Mt 11, 25-26, es auténtico (J. D. G. Dunn). Estamos ante uno de los textos más profundos y misteriosos de los evangelios. Jesús afirma un "conocimiento", entre Dios (el Padre) y el mismo Jesús, que es: 1º) Mutuo entre ellos dos. 2º) Exclusivo de ambos. Esta afirmación rebasa las posibilidades de la exégesis de este texto. Y, para explicarlo, hay que echar mano de otros conceptos. Porque se trata de que Dios mismo se manifiesta y se da a conocer en Jesús (F. Bovon). O también: conocer a Dios significa comunión con Dios (U. Luz). De forma que quien ve a Jesús, en realidad, a quien está viendo es a Dios (Jn 14, 9).

**2.** ¿Qué puede significar esto? Dios es, por definición, el Trascendente. Ahora bien, ser "trascendente" no significa ser "infinitamente superior", sino simplemente "ser de un orden absolutamente distinto" (S. Nordmann). Es decir, "lo trascendente" no está a nuestro alcance. Ni podemos conocerlo. Ni sabemos lo que es. ¿Entonces? La solución está en Jesús. O sea, en la realidad "inmanente" de aquel hombre que fue Jesús, conocemos (lo que podemos conocer) de la realidad "trascendente" de Dios. En Jesús vemos, oímos, tocamos a Dios. Jesús, pues, nos revela, nos da a conocer cómo es Dios, dónde encontramos a Dios, lo que a Dios le gusta, y lo que le disgusta. Por eso Jesús es la "imagen" visible de "Dios invisible" (Col 1, 15), el que "nos da a conocer" al que "nadie jamás ha visto" (Jn 1, 18).

**3.** Esto supuesto, ¿dónde encontramos al Dios de Jesús? No en los "sabios", ni en los "entendidos" de este mundo. A Dios lo encontramos en los "pequeños" ("nepioi"). De ellos, y solo de ellos, es el reinado de Dios (Mc 10, 13-16; Mt 19, 13-15;

Lc 18, 16-17; Mc 9, 33-36). Porque eso de que “Dios reina” solo lo entiende y lo vive el que “nace de nuevo” (Jn 3, 1-10). Y bien sabemos que un “recién nacido” es un “niño”. En tiempo de Jesús, un niño era un ser de tan poco valor, dignidad y derechos, que con frecuencia a los recién nacidos se les tiraba a la basura (J. D. Crossan, M. Stern...). Los niños eran los “nadies”. Sabemos que “para un adulto es insultante ser comparado con un niño” (W. Cotter). Esto equivale a cambiar por completo la religión. La religión se basa en jerarquías de poder y grandeza, en ritos sagrados de dignidad. Jesús nos dice que así no encontramos a Dios. A Dios lo encuentra el que es *humilis*, que originalmente significa “cercano al suelo”. Solo el *humilis* es el que detiene la agresión (I. Eibl-Eibesfeldt). Y, por tanto, el “pequeño” es el que contagia humanidad. Donde hay pequeñez solo hay humanidad. Así, y no por otros caminos, podremos arreglar este mundo.